

LA MADRE

MÁXIMO GORKI

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

ALEKSÉI MAKΣÍMOVICH PESHKOV, Gorki, nació en Nizhni Nóvgorod, entre el Volga y el Oká, en 1868. Su infancia, pobre y miserable, transcurre entre la muerte de su padre, cuando Gorki apenas tenía cinco años y la de su madre, a los diez. A los nueve años, Gorki pudo ir, brevemente, a la escuela: es la Rusia de la guerra contra los turcos, y donde, ese mismo año, Tólstoi publica Ana Karenina. Gorki vivía entonces en casa de su abuelo paterno, quien le hizo ver que, con diez años, debía ya empezar a ganarse la vida, a recorrer el mundo y los oficios. “Sabes, Leksei, tú no eres ninguna medalla, y, en mi cuello, no tienes sitio, será mejor que salgas a ganarte la vida”, le dijo su abuelo. Así, aquel niño analfabeto se convertirá en zapatero, en pinche de sórdidas cocinas, en panadero, vendedor ambulante, marinero en el Volga, imaginero, ferroviario, vagabundo, salinero, oficinista. Vagabundeando por el sur del Imperio zarista, recorrerá Ucrania y las provincias occidentales, el Mar Negro, el Volga.

Con diecisiete años, Gorki va a Kazán, en el Tartaristán, donde habían estudiado Tólstoi y Lenin, y allí descubre el conocimiento, la cultura, el gusto por aprender, que le atraparé para siempre, cuando ya la pasión revolucionaria se ha apoderado también de su voluntad. Pero, entonces, nada era fácil: la vida miserable de los trabajadores de la Rusia zarista revienta sus manos y su corazón, y con diecinueve años, en 1887, intenta suicidarse, desanimado por las dificultades de la lucha revolucionaria. Las secuelas de ese acto afectarán a su salud durante el resto de su vida, y le darán su seudónimo.

Su interés por la literatura le llega por el influjo de Vladímir Korolenko, a quien había conocido en Nizhni Nóvgorod. El escritor y revolucionario Korolenko estuvo desterrado en esa ciudad, en 1885, tras haber cumplido seis años de deportación, y el encuentro entre ambos abre un nuevo mundo para Gorki, que empieza a escribir y consigue publicar sus primeros relatos con poco más de veinte años. Sus primeras obras las escribe en la última década del siglo XIX, ya con más de treinta años, mientras se interesa también por las cuestiones políticas, la corrupción de los funcionarios imperiales, la explotación de los trabajadores, las duras condiciones de vida de la población rusa. En 1898, Gorki es detenido por la policía, por sus actividades revolucionarias, y empieza a ser un escritor de cierto renombre. En ese año, se funda el POSDR, con sólo nueve delegados en Minsk, y con los

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

principales dirigentes revolucionarios, como Lenin y Mártoov, desterrados en Siberia. En 1900, ya frecuenta a Chéjov, y a León Tolstoi.

La creación del POSDR ofrece un nuevo instrumento para la acción política, y Gorki se incorpora al partido. Sabe que su militancia política irá de la mano de la persecución por la policía zarista. En 1901, el escritor va al exilio en Crimea, forzado por la represión policial, y, al año siguiente, Korolenko renuncia a su condición de miembro de la Academia de Ciencias de San Petersburgo en protesta por la negativa del zar Nicolás II a que Gorki fuese nombrado miembro de la Academia. En 1906, el exilio le lleva a Alemania y a Estados Unidos. Cuando se dirige a Estados Unidos, intentan impedirle la entrada por “anarquista”. Al año siguiente, se instala en Capri, donde vivirá hasta 1913 gracias a sus derechos de autor, con modestia, ayudando al partido bolchevique, financiándolo, y atendiendo a cualquier ruso perseguido que visitase Capri. Allí le dirigen centenares de manuscritos autores de toda condición: obreros, soldados, incluso prostitutas, y Gorki lee con paciencia sus textos, tratando de ayudar a quienes sueñan con convertirse en escritores. Lo mismo hará después en Sorrento, tras la revolución bolchevique.

Su actividad literaria es intensa. La madre, escrita parcialmente en Estados Unidos, se convierte en una de las novelas más leídas del siglo XX, publicada por millones de ejemplares. Pelagueia Nilovna y Pável Vlásov, las figuras centrales de la novela, se convirtieron en personajes universales. Esa madre Pelagueia Nilovna, analfabeta, maltratada por su marido borracho, es una mujer silenciosa, vencida, hasta que su hijo trae nuevas ideas, atrapadas en las páginas de los libros que lee, ocultándolos. Después, llegan nociones del socialismo, de la libertad, de la justicia, hasta que Pável es encarcelado. Son los arrabales de Moscú, los suburbios míseros donde los obreros son explotados, se embrutecen en las tabernas, y golpean a sus mujeres y sus hijos, pero en el personaje de Pável anida la revolución. El libro es un arma extraordinaria para quienes quieren cambiar la vida y la historia, y las organizaciones obreras alemanas, francesas, norteamericanas, empiezan a publicar la novela, que tendrá millones de lectores en todo el mundo, como expresión de la voluntad proletaria de conquistar la dignidad y la revolución. En Rusia, la novela es censurada, perseguida, aunque se publica en parte, y contribuirá a mantener la esperanza y a organizar la resistencia al corrupto poder imperial. Sirvió de inspiración para Brecht, cuya Madre Coraje bebe de Gorki, como él bebió de Gógol. Gorki, cuya pasión es Rusia, permanece atento al mundo: también se fijó en la lejana y pobre España, protestando contra la farsa judicial y el asesinato de Francesc Ferrer

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

i Guàrdia. Escribe sin cesar, y combate el capitalismo, el colonialismo, cualquier forma de opresión, ataca con dureza el antisemitismo.

Finalmente, la soñada revolución triunfa, aunque Gorki crea que el momento no ha llegado aún. El triunfo bolchevique inaugura un período difícil, donde la revolución se juega su existencia, y Gorki polemiza con Lenin, con Trostki, se pelea con el gobierno bolchevique, creyendo que su política destruirá el partido. El periódico de Gorki se había opuesto a la toma del poder por el partido bolchevique, al considerar que era demasiado prematuro. Gorki es un comunista de ideas propias; lanza un viejo proyecto de principios de siglo, que consistía en editar las mejores obras del pensamiento humano, si era necesario adaptadas a un lenguaje más sencillo para darlas a conocer a campesinos y obreros.

En 1934, preside el I Congreso de escritores soviéticos, donde Andrei Zhdanov establece las tesis del “realismo socialista”, una corriente artística cuya denominación fue obra de Gorki -así como su máximo exponente- y cuyo propósito era expandir la conciencia de clase y el conocimiento de los problemas sociales y las vivencias de las personas.

Los personajes de sus obras eran los mismos hombres y mujeres que Gorki había conocido a lo largo de sus días como obrero en los oficios más diversos: trabajadores de las fábricas, mendigos, vagabundos, pobres de todas las desgracias. Eran la misma Rusia menesterosa que la revolución bolchevique levantó del fango y la desesperación, aunque llegasen también después tiempos difíciles, duros y terribles, como en los años de la guerra de Hitler.

Aunque vivió durante quince años fuera de Rusia, y vio otros mundos distintos al eslavo, el universo de Gorki era profundamente ruso: era el reflejo de la melancolía de los seres humanos derrotados que había conocido en su infancia y su juventud, de los campos rusos, los ríos interminables, las nieves eternas, la pobreza y miseria a la que el capitalismo había reducido la condición humana, pero también las fábricas oscuras en donde soñaban con la revolución, de los obreros sucios que surgían “al anochecer, cuando la fábrica vomitaba gente, como si fuera escoria”, que después se pondrían en marcha en multitudes deslumbrantes. Pocos escritores han conocido una fama semejante a la de Gorki, en todo el mundo. Su celebridad era abrumadora, pero no dejó de ser nunca un hombre sencillo, honesto, accesible para todos, próximo, modesto.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Cada mañana, en el arrabal obrero, la sirena de la fábrica lanzaba su vibrante rugido al aire saturado de humo y grasa. Y de las casuchas grises, salían corriendo, como cucarachas asustadas, hombres sombríos, con los músculos entumecidos por la falta de sueño. A la luz fría del amanecer, iban por las callejas sin empedrar hacia la alta jaula de piedra que, serena e indiferente, los esperaba alumbrando el fangoso arroyo con sus innumerables ojos, cuadrados y viscosos.

Se oía el chapoteo de los pasos en el fango. Las exclamaciones roncadas de las voces soñolientas se encontraban unas con otras, injurias soeces rasgaban el aire con rabia, y una oleada de ruidos diversos venía al encuentro de los obreros: el pesado jadeo de las máquinas, el gruñido silbante del vapor.

Sombrías y adustas, se perfilaban las altas chimeneas negras, dominando el arrabal como gruesas columnas.

Por la tarde, cuando el sol se ponía y sus rayos rojos brillaban sin fuerza en los cristales de las casas, la fábrica vomitaba de sus entrañas de piedra la escoria humana, y los obreros, los rostros negros de humo, brillantes sus hambrientas dentaduras, se esparcían nuevamente por las calles, dejando en el aire el persistente olor de la grasa de las máquinas.

Ahora, las voces eran animadas e incluso alegres: habían terminado los trabajos forzados de aquel día; la cena y el descanso los aguardaban en casa.

La fábrica se había tragado una jornada más: las máquinas habían succionado de los músculos del hombre toda la fuerza que necesitaban. El día se había borrado de la vida, sin dejar rastro; el hombre había dado un paso más hacia la sepultura; pero veía cerca, ante sí, el gozo del descanso, los placeres de la taberna llena de humo, y estaba satisfecho.

Los días de fiesta se dormía hasta las diez. Después, la gente seria y casada se ponía su mejor ropa e iba a misa, reprochando a los jóvenes su indiferencia en

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

materia religiosa. Al volver de la iglesia, comían unas empanadas y se acostaban de nuevo a dormir, hasta el anochecer.

La fatiga, amasada durante largos años, quita el apetito, y, para comer, bebían mucho, excitándose el estómago con el fuego abrasador de la vodka.

Por la tarde, paseaban perezosamente por las calles; los que tenían botas de goma, se las ponían aunque no lloviera, y los poseedores de un paraguas, lo sacaban aunque hiciera sol.

Al encontrarse, hablaban de la fábrica, de las máquinas, o maldecían a los capataces. Todas sus palabras, todos sus pensamientos estaban vinculados al trabajo. Apenas si alguna idea, pobre y mal expresada, arrojaba una solitaria chispa en la monotonía gris de los días.

Al volver a casa, los hombres reñían con sus mujeres y con frecuencia les pegaban con todas sus fuerzas. Los jóvenes se quedaban en las tabernas u organizaban pequeñas reuniones en casa de alguno, tocaban el acordeón, cantaban canciones groseras, bailaban, contaban obscenidades y bebían. Extenuados por el trabajo, se embriagaban fácilmente: la bebida provocaba una irritación incomprensible y morbosa que buscaba una salida. Entonces, para liberarse, se lanzaban, por nimiedades, unos contra otros, con furor bestial. Surgían riñas sangrientas, de las que algunos salían heridos y a veces muertos...

En sus relaciones, predominaba un sentimiento de animosidad al acecho, que dominaba a todos y parecía tan normal como la fatiga incurable de los músculos. Habían nacido con esta enfermedad del alma, herencia de sus padres, que los acompañaba como una sombra negra hasta la tumba, y los hacía cometer, a lo largo de la vida, acciones odiosas por su inútil crueldad.

Los días de fiesta, los jóvenes volvían tarde por la noche, las ropas destrozadas, cubiertos de barro y de polvo, las caras partidas, jactándose perversamente de los golpes propinados a sus camaradas, o bien, venían furiosos o llorando de despecho, ebrios, lastimosos, infelices y repugnantes. A veces eran los padres quienes llevaban a casa a sus hijos: se los encontraban tumbados, perdidos al pie de una valla, o en la taberna, sin conocimiento; terribles insultos y puñetazos llovían entonces sobre los flácidos cuerpos de los hijos, desmadejados por la vodka; luego los acostaban, con más o menos cuidado, para despertarlos por la mañana, en

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

cuanto el rugido irritado de la sirena hendía el aire, como un turbio torrente, llamando al trabajo.

Las injurias y los golpes caían duramente sobre los muchachos, pero sus borracheras y sus peleas parecían perfectamente legítimas a los viejos: también ellos, en su juventud, se habían embriagado y pegado; también a ellos los habían golpeado sus padres. La vida siempre había sido así: fluía regular y lenta como un río de turbias aguas, durante años y años, sin que se supiese hacia dónde iba, y toda ella estaba vinculada a las arraigadas y viejas costumbres de pensar y hacer siempre lo mismo, día tras día. Y nadie tenía el deseo de intentar cambiarla.

De cuando en cuando, aparecían, por el arrabal, extraños, venidos nadie sabía de dónde. Al principio, llamaban la atención, simplemente porque eran desconocidos; suscitaban luego un poco de curiosidad, cuando hablaban de los lugares donde habían trabajado; después, la atracción de la novedad se gastaba, se acostumbraban a ellos y volvían a pasar desapercibidos. Sus relatos confirmaban una evidencia: la vida del obrero es en todas partes la misma. Así que, ¿para qué hablar de ella?

Había, sin embargo, algunos que decían cosas nunca oídas aún en el arrabal. Nadie discutía con ellos, pero sus palabras extrañas eran escuchadas con desconfianza. Aquellas palabras suscitaban en unos, irritación ciega, en otros, una confusa inquietud o una vaga sombra de esperanza, y los hombres empezaban a beber aún más para borrar aquella alarma innecesaria, molesta.

Si en un extraño observaban algo extraordinario, los habitantes de la barriada no lo miraban bien, y lo trataban con un recelo instintivo, como si temiesen verlo traer a su existencia algo que podría turbar el curso sombrío, penoso, pero tranquilo. Habitados a ser aplastados por una fuerza constante, no esperaban ninguna mejora, y consideraban que cualquier cambio sólo podía hacerles el yugo todavía más pesado.

Los que hablaban de cosas nuevas, veían a las gentes del barrio huirles en silencio. Entonces desaparecían, volvían al camino, y el que se quedaba en la fábrica, vivía aislado, sin lograr fundirse en la masa uniforme de los obreros... El hombre vivía así unos cincuenta años; después, moría...

CAPÍTULO 2

De igual modo vivía el cerrajero Mijaíl Vlášov, hombre sombrío, velludo, de ojuelos recelosos que miraban desconfiados, con malvada ironía, bajo unas pobladas cejas. Era el mejor cerrajero de la fábrica, el Hércules del arrabal; se mostraba grosero con sus jefes, y por eso ganaba poco; no pasaba domingo sin que no diese una paliza a alguien; nadie lo quería, y le temían todos. También intentaban pegarle a él, pero sin conseguirlo. En cuanto Vlášov veía venir gente dispuesta a atacarlo, agarraba una piedra, una tabla o un trozo de hierro y, afianzándose en la tierra con las piernas muy abiertas, esperaba callado al enemigo. Su cara -cubierta desde los ojos hasta el cuello por una negra barba- y sus manazas velludas causaban el pánico general. Infundían miedo sobre todo sus ojos, pequeños y agudos, que penetraban en los hombres como taladros de acero. Cuando se tropezaba con su mirada, se sentía la presencia de una fuerza salvaje, impávida, pronta a golpear sin piedad.

—¡Fuera de aquí, canallas! —decía sordamente. En el espeso vello de su rostro, sus grandes dientes amarillos relucían. Sus adversarios lo colmaban de insultos, pero retrocedían intimidados. — ¡Canallas! —les gritaba lacónico, y en sus ojos fulguraba un sarcasmo punzante como una lezna. Luego, irguiendo la cabeza con ademán retador, seguía a los enemigos, desafiándolos: — ¡A ver!, ¿quién quiere morir?

Nadie quería...

Hablaba poco, y su expresión favorita era «canalla». Llamaba así a los capataces de la fábrica y a la policía; empleaba el mismo epíteto dirigiéndose a su mujer:

— ¡Canalla! ¿No ves que los pantalones están rotos?

Cuando su hijo Pável cumplió catorce años, le entraron ganas a Vlášov de tirarle una vez más de los pelos. Pero Pável, agarrando un pesado martillo, dijo conciso:

—No me toques.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¿Cómo? —preguntó el padre avanzando hacia el chico, de figura esbelta y fina, como avanza la nube sobre el abedul.

—Basta —dijo Pável—: no te lo consiento más...

Y blandió el martillo.

El padre lo miró, cruzó a la espalda sus velludas manos y dijo burlescamente:

—Bueno...

Luego, añadió con un profundo suspiro:

—Bribón de canalla...

Poco después dijo a su esposa:

—No me pidas más dinero, Pável te mantendrá.

Ella se envalentonó:

—¿Vas a bebértelo todo?

—¡A ti no te importa, canalla ... ! Me echaré una querida.

No buscó amante alguna, pero desde aquel momento hasta su muerte, durante casi dos años, no volvió a mirar a su hijo, ni a dirigirle la palabra.

Tenía un perro tan grande y peludo como él mismo. Cada día, el animal lo acompañaba a la fábrica y lo esperaba por la tarde, a la salida. Los días de fiesta Vlášov iba de taberna en taberna..

Caminaba en silencio, y, como si buscara a alguien, arañaba con la mirada a la gente. Durante todo el día, el perro iba en pos de él, gacha la cola grande y fastuosa. Vlášov volvía a casa borracho, cenaba y daba de comer en su mismo plato al perro. No le pegaba jamás, ni le reñía, pero tampoco lo acariciaba nunca. Después de cenar, si la mujer no andaba lista para retirar la vajilla de la mesa, tiraba los platos al suelo, se ponía delante una botella de vodka y, recostado contra la pared, abriendo mucho la boca y cerrando los ojos, berreaba con una voz que infundía tristeza, una canción.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Los melancólicos y discordes sonidos se le enredaban en los bigotes, haciendo caer las migajas de pan; el cerrajero se atusaba con sus dedos la barba y los bigotes y seguía cantando. La letra de la canción era larga y un tanto incomprensible; su tono recordaba el aullido del lobo en invierno.

Cantaba mientras había vodka en la botella. Luego, se tendía en el banco o apoyaba la cabeza en la mesa, y así dormía hasta que la sirena lo despertaba. El perro se acostaba a su lado.

Murió de una hernia. Durante cinco días, estuvo retorciéndose en el lecho, muy cerrados los ojos, todo él ennegrecido, rechinando los dientes. A veces, le decía a su mujer:

—Dame arsénico, envenéname...

El médico ordenó que le pusieran a Mijaíl unas cataplasmas, pero advirtió que la operación era imprescindible y que había que trasladarlo al hospital aquel mismo día.

— Vete al diablo, ¡ya me moriré yo solo! ¡Canalla! —barbotó Mijaíl con ronca voz.

Cuando el doctor se marchó, su mujer, llorando, quiso convencerlo de que se sometiese a la operación. Mijaíl, amenazándola con el puño crispado, declaró:

—¡Si me curo, ¡va a ser peor para ti!

Murió una mañana, cuando la sirena llamaba al trabajo a los obreros. Yacía en el ataúd, abierta la boca sin acritud, pero con el ceño fruncido con enfado. Lo llevaron al cementerio su mujer, su hijo, su perro, Danilo Vesovschikov, un ladrón viejo y borracho despedido de la fábrica, y algunos mendigos del arrabal. La mujer lloró un poco en silencio. Pável no vertió ni una lágrima. Los que se cruzaban con el cortejo fúnebre, se detenían persignándose y diciendo:

—Sin duda que Pelagueia debe estar contenta de que haya muerto.

Algunos corregían:

—No se ha muerto. ¡Ha reventado!

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Ya enterrado el ataúd, se marcharon todos. El perro quedó allí, echado en la tierra recién removida, olfateando durante mucho tiempo la tumba, sin lanzar ni un aullido. A los pocos días, alguien lo mató... nadie supo quién...

CAPÍTULO 3

Un domingo, quince días después de la muerte de su padre, Pável volvió a casa completamente borracho. Tambaleándose, entró en la pieza delantera, y golpeando la mesa con el puño, como su padre hacía, le gritó a la madre:

—¡A cenar!

Pelagueia se acercó, se sentó a su lado y, abrazándolo, atrajo sobre su pecho la cabeza del hijo. Él, empujándole el hombro con la mano, la rechazó y gritó:

—¡Vamos, madre, de prisa!

—¡Qué niño eres! —dijo ella con voz triste y acariciadora, venciendo su resistencia.

—¡Y voy a fumar! Dame la pipa de padre —gruñó el muchacho; la lengua rebelde articulaba con dificultad.

Era la primera vez que se embriagaba. El alcohol había debilitado su cuerpo, pero no había apagado su conciencia, y una pregunta le golpeaba la cabeza:

—¿Estoy borracho...? ¿Estoy borracho?

Las caricias de su madre lo confundían, y la tristeza de sus ojos lo conmovió. Tenía ganas de llorar, y para dominarse, fingió estar más borracho de lo que realmente estaba.

La madre acariciaba sus cabellos, enmarañados y empapados en sudor, y le hablaba dulcemente:

—No deberías hacer eso...

Pável empezó a sentir náuseas. Después de una serie de violentos vómitos, la madre lo acostó, y cubrió su frente lívida con una toalla húmeda. Se repuso un poco, pero todo daba vueltas a su alrededor, los párpados le pesaban, tenía en la boca un

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

gusto repugnante y amargo. Miraba, a través de las pestañas, la cara ancha de su madre, y pensaba incoherente:

—Es demasiado pronto para mí. Los demás beben y no les pasa nada, y a mí me hace vomitar...

La dulce voz de la madre llegaba a sus oídos, como de lejos:

—Cómo vas a sostenerme, si te pones a beber...

El cerró los ojos con fuerza y dijo:

—Todos beben...

Pelagueia suspiró. Tenía razón. Bien sabía ella que la gente no tiene otro sitio más que la taberna para sentir un poco de alegría. Sin embargo, respondió:

—¡Tú no bebas! Tu padre ha bebido bastante por ti. Y me ha atormentado bastante...; tú podrías tener lástima de tu madre.

Pável escuchaba estas palabras, tristes, suaves; recordaba la existencia callada y borrosa de su madre, siempre alarmada, a la espera angustiada de los golpes del marido. Los últimos tiempos, Pável había estado poco en casa para evitar encontrarse con su padre y se había despegado un poco de su madre. Y ahora, recuperando poco a poco los sentidos, la miraba con atención.

Era alta y un poco encorvada; su cuerpo, roto por un trabajo incesante y los golpes del marido, se movía sin hacer ruido, ligeramente ladeado, como si temiera tropezar con algo.

El ancho rostro surcado de arrugas, un poco hinchado, se iluminaba con dos ojos negros, tristes e inquietos como los de la mayoría de las mujeres del arrabal. Una profunda cicatriz levantaba levemente la ceja derecha, y parecía que también la oreja de ese lado era más alta que la otra, dándole al rostro una expresión asustada, como si estuviera siempre escuchando medrosa.

Entre los espesos cabellos oscuros, brillaban unos mechones canosos. Toda ella respiraba dulzura, sumisión, tristeza... Y por sus mejillas resbalaban lentas las lágrimas.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡No llores más! —suplicó dulcemente su hijo—. Dame de beber.

—Voy a traerte agua con hielo.

Pero cuando Pelagueia volvió, él ya se había dormido. La madre permaneció un instante inmóvil ante él: la jarra temblaba en su mano y el hielo tintineaba suavemente en el borde. Dejó el cacharro sobre una mesa y, silenciosa, se arrodilló ante las santas imágenes. Los vidrios de las ventanas vibraban con los gritos de los borrachos. En la oscuridad y la niebla de la noche de otoño, gemía un acordeón; alguien cantaba a voz en cuello; se oían repugnantes palabrotas; voces de mujeres inquietas, coléricas, cansadas...

En la casita de los Vlásov, la vida continuó, más tranquila y apacible que antes, y un poco diferente de la de las otras casas. Su casa se encontraba al fondo de la calle principal, cerca de una cuesta pequeña pero empinada que descendía hasta un pantano. Un tercio de la vivienda lo ocupaban la cocina y una pequeña habitación, separada por un delgado tabique, donde dormía la madre. El resto era una pieza cuadrada con dos ventanas: en un rincón, la cama de Pável, en el otro, una mesa y dos bancos. Algunas sillas, una cómoda para la ropa blanca, un espejito encima, un baúl con trajes y vestidos, un reloj de pared y dos íconos en un rincón, eso era todo.

Pável hizo todo lo que un muchacho debía hacer: se compró un acordeón, una camisa de pechera almidonada, una corbata llamativa, botas de goma, un bastón, y se convirtió en uno más entre los jóvenes de su edad. Fue a fiestas caseras, aprendió a bailar la cuadrilla y la polka, el domingo volvía después de haber bebido mucho y seguía sin tolerar la vodka. Al día siguiente, tenía dolor de cabeza, el ardor de estómago lo atormentaba, y su rostro, pálido, reflejaba tedio.

Un día, su madre le preguntó:

—Entonces, ¿te has divertido mucho anoche?

El respondió con sombría irritación:

—¡Me aburrí condenadamente! Prefiero irme de pesca o comprarme una escopeta.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Trabajaba con celo, sin ausencias ni sanciones. Era taciturno, y sus ojos azules, grandes como los de su madre, expresaban descontento. No se compró la escopeta ni fue a pescar, pero empezó visiblemente a apartarse del camino trillado que todos seguían: asistía a las fiestas caseras cada vez con menor frecuencia y, donde quiera que fuese el domingo, volvía sin haber bebido. La madre, que lo vigilaba con mirada atenta, veía demacrarse el rostro bronceado de su hijo; su expresión se hacía más grave y sus labios adquirían un pliegue de extraña severidad.

Parecía lleno de una cólera sorda, o minado por alguna enfermedad. Antes, sus camaradas venían a verlo, pero ahora, al no encontrarlo nunca en casa, dejaron de aparecer. La madre veía, con placer, que Pável no imitaba ya a los muchachos de la fábrica, pero cuando observó esta obstinación en huir de la sombría corriente de la vida común, el sentimiento de un oscuro peligro invadió su corazón.

—¿No te sientes bien, Pavlusha? —le preguntaba alguna vez.

—Sí, estoy bien —respondía.

—¡Estás tan delgado! —suspiraba ella.

Pável comenzó a traer libros a casa, y a leerlos a escondidas; luego los guardaba en alguna parte. A veces, copiaba algún pasaje en un trozo de papel, que también escondía.

Se hablaban poco y apenas se veían por la mañana, él tomaba su té sin decir nada y se iba al trabajo; a mediodía, venía a almorzar; en la mesa, cambiaban algunas palabras intrascendentes y, de nuevo, desaparecía hasta la noche. Al concluir la jornada, se lavaba cuidadosamente, tomaba la sopa y luego leía largamente sus libros. El domingo, se marchaba por la mañana para no volver hasta entrada la noche. Pelagueia sabía que iba a la ciudad, que frecuentaba el teatro, pero nadie de la ciudad venía a verlo. Le parecía que, cuanto más pasaba el tiempo, menos comunicativo era su hijo, y al mismo tiempo notaba que, en ocasiones, empleaba algunas palabras nuevas que ella no comprendía, en tanto que las expresiones groseras y brutales que antes utilizaba, habían desaparecido de su lenguaje. En su comportamiento, había muchos detalles que atraían la atención de Pelagueia; dejó de hacerse el coqueto, pero concedió más cuidado a la limpieza de su cuerpo y de sus ropas; su manera de andar adquirió mayor libertad y soltura, y su apariencia se hizo más sencilla y dulce. Su madre se preocupaba. En su actitud con respecto a ella,

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

había también algo de nuevo: barría a veces su cuarto, se hacía él mismo la cama los domingos y se esforzaba, en general, por quitarle trabajo. Nadie obraba así en el arrabal...

Una vez trajo un cuadro y lo colgó en la pared. Representaba a tres personajes que, hablando, se dirigían a algún sitio con ligereza y resolución.

—Es Cristo resucitado, camino de Emaús —explicó Pável.

El cuadro agradó a Pelagueia, pero pensó:

«Honras a Cristo y no vas a la iglesia...»

El número de libros aumentaba, día a día, sobre la hermosa estantería que un carpintero, amigo de Pável, le había fabricado. La habitación tomaba un aspecto agradable.

Él la trataba de «usted» y la llamaba «la madre», pero algunas veces, de pronto, se dirigía a ella con cariño:

—No te inquietes, madrecita, por favor: volveré tarde esta noche.

Y, bajo estas palabras, ella sentía algo de fuerte, de serio, que le gustaba.

Sin embargo, su inquietud crecía, y el paso del tiempo no la tranquilizaba: el presentimiento de algo extraordinario rondaba su corazón. A veces, estaba descontenta de su hijo, y pensaba:

—Los hombres deben vivir como hombres, pero éste es como un monje... Es demasiado serio... No es propio de su edad.

Se preguntaba:

—¿Tendrá, quizá, alguna novia?

Pero para cargarse con una muchacha hacía falta dinero, y él le entregaba casi todo su jornal.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Así pasaron las semanas, los meses, dos años de una vida extraña, silenciosa, llena de pensamientos oscuros y temores, que crecían sin cesar.

CAPÍTULO 4

Una noche, después de cenar, Pável, corriendo la cortina de las ventanas, se sentó en un rincón y se puso a leer, bajo una lámpara de petróleo que colgó en la pared sobre su cabeza. Su madre, lavados los platos, salió de la cocina y se acercó con paso vacilante. Él levantó la cabeza y la miró interrogante.

—No... no es nada, Pasha, soy yo —dijo ella, y se alejó turbada, enarcadas las cejas con aire confuso. Permaneció inmóvil un momento en medio de la cocina, pensativa, preocupada; se lavó despaciosamente las manos y volvió junto al hijo.

—Quisiera preguntarte —dijo en voz muy baja—, qué es lo que estás leyendo siempre.

El cerró el libro.

—Siéntate, mamá.

Ella se dejó caer a su lado, pesadamente, y se irguió, aguzando el oído, esperando algo grave.

Sin mirarla, a media voz, y tomando, sin saber por qué, un tono áspero, Pável comenzó a hablar.

— Leo libros prohibidos. No nos los dejan leer porque dicen la verdad acerca de nuestra vida obrera... Se imprimen a escondidas, en secreto, y si los encontrasen en casa, me llevarían a la cárcel... a la cárcel, porque quiero saber la verdad. ¿Comprendes?

Ella sintió, de pronto, que le faltaba el aliento, y fijó sobre su hijo unos ojos espantados. Le pareció diferente, extraño. Tenía otra voz, más baja, más llena, más sonora. Con sus dedos afilados, retorció su fino bigote de adolescente, y su mirada vaga, bajo las cejas, se perdía en el vacío. Se sintió invadida de miedo y de piedad por su hijo.

—¿Y por qué haces eso, Pável? —preguntó.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Él levantó la cabeza, le lanzó una ojeada, y sin alzar la voz, tranquilamente, respondió:

—Quiero saber la verdad.

Su voz era baja pero firme, y sus ojos brillaban obstinados. En su corazón, ella comprendió que su hijo se había consagrado, para siempre, a algo misterioso y terrible. Todo, en la vida, le había parecido inevitable: estaba acostumbrada a someterse sin reflexionar, y ahora se limitaba a llorar en silencio, sin encontrar palabras en su corazón, oprimido por la angustia y la pena.

—No llores —dijo Pável con voz tierna y queda; pero a la madre le pareció una despedida. —Reflexiona, ¿qué vida es la nuestra? Tú tienes cuarenta años, y dime: ¿has vivido en realidad? El padre te pegaba; yo ahora comprendo que en tu cuerpo descargaba su pesar, el pesar de su existencia: la pena lo ahogaba, sin que él comprendiese por qué. Trabajó treinta años; empezó cuando la fábrica no tenía más que dos naves, ¡y ahora tiene siete!

Ella lo escuchaba con temor y avidez. Ardían los ojos del hijo, bellos y luminosos; apoyando el pecho en la mesa, se había acercado a la madre, y casi rozándole el rostro bañado en lágrimas, le expresaba por vez primera la verdad que había llegado a comprender. Con toda su fuerza juvenil y el ardor de un escolar orgulloso de sus conocimientos, en cuya verdad cree religiosamente, hablaba de todo lo que para él era evidente; y hablaba menos para su madre que para verificar sus propias convicciones. A veces, no encontrando palabras, se detenía, y entonces veía ante él un rostro afligido en el que brillaban opacos unos ojos bondadosos, empañados por las lágrimas, el terror y la perplejidad. Tuvo lástima de su madre, y siguió hablando, pero esta vez de ella, de su vida.

—¿Qué alegrías has conocido tú? ¿Puedes decirme qué recuerdas de bueno en tu pasado?

Ella escuchaba y movía tristemente la cabeza: experimentaba el sentimiento de algo nuevo que no conocía, doloroso y alegre a la par, y esto acariciaba deliciosamente su corazón dolorido. Era la primera vez que oía hablar así de ella misma, de su vida, y aquellas palabras despertaban pensamientos vagos, dormidos hacía mucho tiempo; reavivaban dulcemente el sentir apagado de una insatisfacción oscura de la existencia, reanimaban las ideas e impresiones de una lejana juventud.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Contó su niñez, con sus amigas, habló largamente de todo, pero, como las demás, no sabía más que quejarse: nade explicaba por qué la vida era tan penosa y difícil. Y he aquí que su hijo estaba allí sentado, y todo lo que decían sus ojos, su rostro, sus palabras, todo aquello llegaba a su corazón, la llenaba de orgullo ante su hijo que comprendía tan bien la vida de su madre, le hablaba de sus sufrimientos, la compadecía.

A las madres no se las compadece. Ella lo sabía. Todo cuanto el hijo decía sobre la vida de la mujer era una verdad conocida, amarga, y en su pecho palpitaba quedamente un cúmulo de sensaciones que le daban cada vez más calor, como una caricia desconocida.

—Y entonces, ¿qué quieres hacer? —le preguntó ella interrumpiéndolo.

—Aprender, y luego enseñar a los otros. Los obreros debemos estudiar. Debemos saber, debemos comprender por qué la vida es para nosotros tan penosa.

Era dulce para la madre ver los ojos azules de su hijo, siempre serios y severos, brillar ahora con tanta ternura y afecto. En los labios de Pelagueia apareció una leve sonrisa de contento, mientras en las arrugas de sus mejillas temblaban aún las lágrimas. Un doble sentimiento la agitaba: estaba orgullosa del hijo, que tan claramente veía la amargura de la vida, pero no podía olvidar que era muy joven, que no hablaba como sus camaradas, que estaba resuelto a entrar solo en lucha contra la existencia habitual de todos y de ella misma. Hubiera querido decirle: «Hijo mío, ¿qué puedes hacer tú?» Pero temió interrumpir su admiración por el hijo, que de pronto se le había revelado tan inteligente, aunque un poco extraño para ella.

Pável vio la sonrisa en los labios de su madre, la atención en su rostro, el amor en sus ojos; creyó haberle hecho comprender su verdad, y el juvenil orgullo de la fuerza de su palabra exaltó su fe en sí mismo. Lleno de excitación, hablaba, tan pronto sarcástico como frunciendo las cejas; algunas veces, el odio resonaba en su voz, y cuando su madre oía aquellos crueles acentos, sacudía la cabeza, espantada, y le preguntaba en voz baja:

—¿Es verdad eso, Pável?

—¡Sí! —respondía él con voz firme. Y le hablaba de los que querían el bien del pueblo, de los que sembraban la verdad y a causa de ello eran acosados como bestias

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

salvajes, encerrados en prisión, enviados a trabajos forzados y al destierro por los enemigos de la vida.

—¡Yo he visto gente así! —exclamó con ardor—. ¡Las mejores gentes de la tierra!

Pero a su madre la aterrizaron, y preguntaba una vez más a su hijo: «¿Es verdad eso?» No se sentía segura. Desfallecida, escuchaba los relatos de Pável sobre aquellas gentes, incomprensibles para ella, que habían enseñado a su hijo una manera de hablar y de pensar, tan peligrosa para él. Al fin, le advirtió:

—Va a amanecer pronto: deberías acostarte.

—En seguida. —e inclinándose hacia ella, preguntó—: ¿Me has comprendido?

—¡Te he comprendido! —suspiró la madre. De nuevo brotaron lágrimas de sus ojos, y con ahogado sollozo, agregó: —¡Será tu perdición!

Pável se levantó y, después de dar unos paseos por el cuarto, dijo:

—Bien, ahora sabes lo que hago y adónde voy: te he dicho todo... Y te suplico, madre, que si me quieres no te interpongas en mi camino...

—¡Querido mío! —exclamó ella—. Quizá hubiera sido mejor no saber nada...

Le tomó una mano que él estrechó con fuerza entre las suyas. A ella la conmovió la palabra «madre», que él había pronunciado con tanto calor, y aquel apretón de manos, nuevo y extraño.

—No haré nada por contrariarte —dijo jadeando Pelagueia—. ¡Solamente, ten cuidado! ¡ten mucho cuidado! —Y sin saber de qué debía guardarse, añadió tristemente: —Cada vez adelgazas más...

Y envolviendo su cuerpo, robusto y bien hecho, con una cálida mirada acariciadora, le dijo rápidamente y en voz baja:

—¡Que Dios te proteja! Haz lo que quieras, no te lo impediré. No pido más que una cosa: sé prudente cuando hables con los otros. Hay que desconfiar: ¡todos se odian unos a otros! Viven para la codicia, viven para la envidia. Les gusta hacer

daño. Si empiezas a decirles tus verdades, a juzgarlos, te detestarán y será tu perdición.

De pie junto a la puerta, Pável escuchaba sonriendo estas amargas palabras. Cuando la madre terminó, contestó sonriendo:

—La gente es mala, sí. Pero cuando supe que había una verdad sobre la tierra, los hombres me parecieron mejores.

Sonrió de nuevo y prosiguió:

—Yo mismo no comprendo cómo ha ocurrido esto. En la niñez, todos me daban miedo. Cuando crecí, me encontré odiando a unos por su cobardía, a otros no sé por qué, ¡porque sí! En cambio, ahora se han vuelto diferentes para mí: siento piedad por ellos, creo... no sé cómo, pero mi corazón se enternece desde que he comprendido que no todos son responsables de su baja...

Calló un instante, como para escuchar una voz interior, y continuó pensativo, quedamente:

—¡Así se respira la verdad!

La madre alzó los ojos hacia él y murmuró:

—¡Cómo has cambiado, y qué miedo tengo, Dios mío!

Cuando Pável se durmió, la madre se levantó en silencio y se acercó a él. Yacía boca arriba; el rostro curtido, de rasgos severos y obstinados, se perfilaba neto en la blanca almohada. Las manos cruzadas sobre el pecho, descalza y en camisón, la madre permaneció junto a la cama de su hijo, moviendo silenciosa los labios, mientras de los ojos corrían, lentamente, una tras otra, gruesas lágrimas de angustia.

Y, de nuevo, volvieron a vivir en silencio, a la vez próximos y lejanos uno del otro.